

CONTEXTO RELIGIOSO Y MENSAJE PROFETICO DE "HISTORIA DE UNA PASION ARGENTINA"

La producción literaria de Eduardo Mallea participa indistintamente de los caracteres de novela y ensayo dentro de una total interrelación osmótica. Sus novelas participan de la temática de sus ensayos, y éstos de la forma de aquéllas. Novela y ensayo son en la obra de Mallea dos caras de la misma moneda. Ni la novela se entiende sin el ensayo ni éste sin aquélla. Se complementan, y al complementarse definen la personalidad religiosa, casi monástica, del autor.

Desde la aparición de *Historia de una pasión argentina*, la crítica ha visto en Mallea uno de los más destacados intérpretes de los ideales argentinos. El tema dramático, casi trágico, de la argentinidad es vivido hasta tal punto por los personajes de sus novelas, que piensan y hablan como su autor. Y en contraste, la ensayística de Mallea ofrece siempre

como substrato las propias vivencias de su autor. Su obra va tan cargada de espiritualidad y se filtra tan profundamente en los recovecos del alma argentina, que llega a tener caracteres profundamente religiosos.

Comentando la temática única de Mallea, tanto en sus ensayos como en su novelística, Francisco Ayala escribe en su libro *Histrionismo y representación* que «en puridad todo escritor auténtico tiene un tema, y sólo uno, como tiene una personalidad y un acento; un tema que lleva dentro, clavado en la entraña y que se va desplegando de mil maneras a lo largo de su obra y de su vida»¹.

La obra que comentamos es más que un ensayo. Es, como dice el título, una «pasión» que nos envuelve en cierto contexto religioso, casi místico², ya que más que la búsqueda febril de la argentinidad, Mallea va detrás de «la salvación» de la Argentina. *Historia de una pasión argentina* es el relato de la agonía existencial de Mallea al tropezarse con el abismo que se abre entre la Argentina auténtica y la de máscara, la de carnaval. La que se salva y la que no se salva³. José Manuel Topete, en su artículo «Eduardo Mallea y el laberinto de la agonía»⁴, dice que esta obra de Mallea es como el relato de la agonía del escritor al salir al mundo a plantear su cisma con él, y que es tal la semejanza entre *Las Confesiones* de San Agustín y este ensayo, que podría llevar como título *Confesión de una pasión argentina*.

El libro de Mallea ni es un puro ensayo, ni un estudio, ni una reflexión especulativa, aunque tenga algo de todo esto. *Historia de una pasión argentina* es, ante todo, para definirla con palabras de Zum Felde, «una autobiografía espiritual, una radiografía de la propia conciencia, a través de la cual se va concentrando, en forma de experiencia, de vivencia, de aventura, esa pasión argentina, que identifica, consustancia al escritor y al país, a la persona y al problema»⁵. Es un peregrinaje religioso; es toda una agonía existencial.

El filósofo Francisco Romero denuncia con entusiasmo la semejanza entre este ensayo y el *Discurso del Método*:

«Uno y otro indagan un camino, buscando la dirección de una marcha sin extravío...

¹ *Histrionismo y representación* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1944), pág. 213.

² FRED PETERSEN, «Notes on Mallea's Definition of Argentina», *Hispania*, 45 (diciembre 1962), 621-624.

³ Esta búsqueda febril de la Argentina auténtica y profunda, ese querer saber «quiénes somos y adónde vamos» que inquieta y hasta atormenta a Mallea en su agonía, es una herencia, según Alberto Zum Felde, del movimiento que se concentra hacia 1925 en torno a la revista *Martín Fierro*, dirigida por José Luis Borges y Ricardo Güiraldes, y que incluye también a Carlos Alberto Erro, autor de *Medida del criollismo*. Todos ellos son, de alguna manera, herederos históricos de la obra de Ricardo Rojas y tienen sus raíces en el ensayo de Sarmiento *Conflicto y armonía de las razas en América*. Pero es obvio mencionar *Radiografía de la Pampa* (1933), de Martínez Estrada, como el antecedente inmediato de *Historia de una pasión argentina*, que ve la luz en 1937.

⁴ *Revista Iberoamericana*, XX (1955), 126.

⁵ *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* (México: Editorial Guaranía, 1959), II, 458.

El filósofo francés y el meditador argentino dibujan ante nosotros con rasgos inolvidables el contorno preciso de sus hallazgos respectivos: el ser de las cosas el primero, la sustancia de la argentinidad el segundo'.

A pesar de estas semejanzas el filósofo argentino apunta también diferencias concernientes al mismo método. Y según él, la mayor estriba quizá en el aprecio de la temporalidad espacial que Descartes desprecia y que constituye el meollo del ensayo de Mallea. El filósofo francés sólo se refiere a lo que es sin tiempo, a lo abstracto. Por el contrario, el pensador argentino «se vuelve hacia temporalidades, hacia hombres». Mallea sólo «va tras valores hechos carne...; tras ideales acogidos con fervor en almas de hombres y mujeres». Y Romero concluye que «son dos maneras de apuntar a lo mismo, que responden a dos métodos distintos: el método de la razón y el método del amor». Sin embargo, no sólo el método, sino el mismo interés por el amor hecho carne abre en realidad un abismo tan grande entre el ensayo de Mallea y el *Discurso del Método*, que nos parece exagerado el paralelo que Romero traza entre estos ensayos. Lo decisivo en la obra de Mallea es la intensidad del amor; la preocupación de Descartes era la razón fría, el *cogito, ergo sum*. Más que un método discursivo, *Historia de una pasión argentina* es un proceso ascético-religioso, en el que por medio de «ejercitaciones»⁷ el hombre visible logra purificarse, desprenderse de esa máscara que lo ha convertido en una pantomima y lo ha despojado de autenticidad. Mallea nos dice que al toparse con Santa Teresa y San Juan de la Cruz—la mejor expresión de la mística carmelitana—«estaba sin notarlos en la raíz de España», que para él es la raíz de su tierra.

En su búsqueda de la Argentina auténtica, Mallea se halla dominado tanto por la teología paulina del hombre interior como por la mística carmelitana de San Juan de la Cruz, y aparece ante nosotros como un teólogo, como un místico en busca de los grandes ideales del humanismo cristiano.

Historia de una pasión argentina es un haz trenzado de espiritualidad a la par que humanismo. El *Discurso del Método* constituye casi un teorema de frías y calculadoras reflexiones.

Historia de una pasión argentina no es una mera especulación reflexiva. Y así lo reconoce el mismo Francisco Romero al escribir: «No se trata sólo de un libro más, ni de un buen libro, ni siquiera de un libro excelente. Es más bien un haz de palabras vivas, verídicas y emocionadas, rebeldes a la esclavitud del papel y de la letra, y cuyo eco ha de

⁶ «Nuevo discurso del Método», en prólogo a *Historia de una pasión argentina* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945), pág. 19.

⁷ El vocablo «ascética» se deriva del verbo griego ἀσκήω, que significa precisamente «ejercitarse».

extenderse y prolongarse a lo largo de los años»⁸. El libro de Mallea encierra un mensaje que vamos viviendo como quien pudiera vivir un proceso de gestación. A veces, el mensaje es incluso todo un grito de dolor, de dolor fecundo:

«Después de intentar, durante años, paliar mi aflicción inútilmente, siento la necesidad de gritar mi angustia a causa de mi tierra, de nuestra tierra.

De esa angustia nace esta reflexión, esta fiebre, casi imposible de articular, en la que me consumo sin mejoría. Esta desesperanza, este amor...; esta cruel vigilia. Los hijos de los argentinos, ¿a qué se parecerán?... Yo sé a lo que se parecerán en su forma vital, pero no sé a lo que se parecerán en su forma moral. Yo sé que serán ricos, físicamente fuertes, técnicamente hábiles; lo que no sé si serán es argentinos. Y no sé si serán argentinos porque sé que sus padres han perdido ya hoy el sentido de la argentinidad» (II, 307 y 309)⁹.

No podemos menos de ver en estas palabras un eco del grito profético de los tiempos bíblicos, cuando el vocablo griego «profeta» significaba hablar en nombre de otro. Porque Mallea grita en nombre de la Argentina, de la Argentina invisible, auténtica. «Establecer lo auténtico del 'ser' contra lo falaz y efímero del 'aparecer' es la intención de su combate», escribe Picón-Salas en el prólogo a las *Obras Completas*¹⁰.

Para comprender el mensaje profético de Mallea conviene recordar que en las generaciones anteriores a él se produjo la crisis de la filosofía positivista, y que este derrumbe de los valores humanos invitaba, como dice Picón-Salas, «a una hazaña de prospección espiritual». Mallea bucea profundamente, con pasión, en William Blake, en Rimbaud, en Kierkegaard, en Novalis, en Hölderlin, y al sumergirse, al salir de estas aguas escribe: «He aquí que no quiero contar... la historia de unos cuantos libros, sino la historia de mis pasiones frente a esos libros. La historia del desarrollo viviente de una pasión» (I, 332).

El historiador Fernando Alegría resume así el mensaje de Mallea:

«... el argentino consciente de su soledad en medio de un mundo regido por falsos valores descubre bajo la capa de artificio una raíz salvadora, una raíz que viene de las reservas castizas del genio nacional y que parece conectarlo irremisiblemente a los valores auténticos de la tierra. Entre seres incomunicados espiritualmente, este descubridor de la Argentina invisible busca la comprensión de almas afines y, al encontrarlas, propicia un resurgimiento del estoicismo, la integridad y el vigor pionero que mostró el pueblo en épocas pasadas»¹¹.

⁸ *Op. cit.*, pág. 15.

⁹ *Obras Completas* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1961). Todas las citas de *Historia de una pasión argentina* están tomadas del segundo tomo de esta edición.

¹⁰ Tomo I, 18.

¹¹ *Historia de la novela hispanoamericana* (México: Ediciones de Andrea, 1966), pág. 238.

El mensaje de Mallea, profundamente dialéctico al mismo tiempo que existencial, se desdobra y desenvuelve en torno a una Argentina visible en pugna con otra invisible, símbolo de aquella otra universal y eterna que ha engendrado un pueblo grande, auténtico, lleno de virtudes, pero que ha perdido de vista su grandeza y su autenticidad; Mallea se lanza a la calle como los profetas bíblicos, en busca de los justos, es decir, en busca de los valores que constituían la autenticidad de su pueblo.

En esta agonía Mallea se tropieza con dos clases de argentinos, los visibles y los invisibles. El visible es aquel que ha perdido las dos virtudes que constituyen la verdadera Argentina, y que son, dice Petersen, los pilares del cristianismo: pasión y amor¹². No en vano los términos *argentino visible e invisible* están ligados directamente al ideario neotestamentario en la mente audaz de Mallea, que encuentra un paralelo entre aquellos y «el hombre nuevo» y «el hombre viejo» de que habla Pablo de Tarso en su carta a los cristianos de Efeso (4, 24). Hombre nuevo, interior, y hombre viejo, carnal, son para Mallea sinónimos de invisible y visible:

«El pueblo de dentro, el pueblo de fondo, ése que es en relación al pueblo exterior lo que el hombre interior de que habla San Pablo en su Efesios, es al hombre exterior. El pueblo interior, un estado de pasión, un estado de aspiración, un estado de angustia fértil. Lo contrario de los sátrapas, lo contrario de la ruidosa enajenación exterior» (II, 428-429).

Todo el mensaje de Mallea descansa en estos dos conceptos básicos de la teología paulina: despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre interior, del hombre nuevo. El hombre viejo, que en la mente de Pablo es la corrupción del corazón y de la mente, es en Mallea el hombre visible; aquel que se halla desprovisto de «la integridad y el vigor que mostró en épocas pasadas», del mismo modo que el hombre carnal paulino se encuentra desprovisto del estado de gracia en que el primer hombre fue creado. El paralelo entre ambas antítesis no puede ser más perfecto: hombre interior (Rom. 7, 22) y hombre exterior (II Cor. 4, 16) corresponden al hombre invisible y visible de Mallea. Este busca que el hombre visible se destierre, muera a sí mismo, por-

¹² He aquí la detallada y profunda bisección que Mallea hace del argentino invisible:

«Silencioso sin resentimiento; alegre sin énfasis; activo sin angustia, hospitalario sin cálculo de trueque, naturalmente pródigo; amigo de los astros, las plantas, el sol, la lluvia y la intemperie; pronto a la amistad, difícil a la discordia; humanamente solidario hasta el más inesperado y repentino sacrificio; lleno de exactas presciencias y zumos de sabiduría, simple sin alarde de letras; justo a fondo, más amigo del bien directo, de la ecuanimidad de corazón que del prejuicio teorizador; viril, templado en la vehemencia, tan morigerado en la vida que no le espanta con su ademán la muerte» (I, 359).

que «el camino de la creación es el destierro», para encontrarse a sí mismo, para recuperar su *invisibilidad*. Pablo exige del hombre exterior una auténtica renovación, una verdadera re-creación (Ef. 4, 24); le pide que, mediante la muerte al mundo exterior, se convierta en una «nueva criatura» y que a través de un proceso de «metanoia» cambie realmente todo su ser.

La lucha que Pablo anticipa entre el hombre interior y el exterior es la pugna entre la razón y el cuerpo, cuyos miembros son instrumentos y asiento del pecado. La agonía del hombre invisible y visible de Mallea es la batalla entre «la secuela española, colonial, jesuítica» y «la invasión sin genio original, confusa, abominable, caótica» (I, 356).

Mallea quisiera ver al argentino visible, lo mismo que Pablo al hombre exterior, crucificado, es decir, despojado de sus vicios, de sus máscaras, de sus concupiscencias.

Además, esa agonía interior, esa pasión, que Mallea descubre dentro de sí mismo y que quiere contarnos, ¿qué otra cosa es sino la lucha de que nos habla Pablo en su carta a los Romanos?: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (7, 22). El escritor argentino vive esa misma lucha en términos de auténtico e inauténtico, de hombre «justo a fondo, más amigo del bien directo, de la ecuanimidad del corazón», y de aquel otro que ha sustituido el vivir por el representar, de aquel otro que, abstraído en su egocentrismo, no trae nada en sus manos.

Indiscutiblemente la teología paulina no es extraña a Mallea, y el hecho de que cite textualmente frases de la carta de Pablo a los Efesios, con indicación de capítulo y versículo, lo ratifica. No obstante todo lo dicho en torno a la antítesis paulina del hombre interior y exterior que Mallea sigue, hemos de aclarar que estos términos no son originales de San Pablo, sino que él mismo los tomó prestados de Platón, en cuyos escritos aparece ya la expresión «hombre interior» casi en el mismo sentido en que la usa Mallea. «El que sostiene la conveniencia de la justicia—escribe Platón—vendrá a decir que es necesario obrar y hablar de tal modo que de ello resulte el hombre interior, el más fuerte dentro del otro hombre...»¹³ La misma lucha interior de que nos habla San Pablo en su carta a los Romanos (7, 22) y Mallea en su ensayo, ya aparece reflejada también en *Las Leyes* de Platón: «Con relación a cada individuo, la primera y más brillante de las victorias

¹³ *La República*, ed. bilingüe José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1949), III, 134.

es la que se consigue sobre sí mismo; como igualmente de todas las derrotas, la más vergonzosa y la más funesta es la de verse vencido por sí mismo, todo lo cual supone que cada uno de nosotros vive dentro de sí en una guerra intestina»¹⁴.

Las intuiciones, las meditaciones, las ansias, las reflexiones, las contradicciones íntimas, las interpretaciones en torno a la Argentina visible e invisible llenan la casi totalidad de *Historia de una pasión argentina*, aunque dé principio con los recuerdos de la infancia del autor y la evocación de la austeridad orgullosa de su familia, amén de su adolescencia en Buenos Aires, envuelta ya en cierto sabor amargo.

Mallea dedica páginas y páginas, más que al análisis de la Argentina visible que está al alcance de todos, a la búsqueda de la invisible: «Necesitaba buscar mi Argentina, mi Argentina en su verdadera vida, en su drama, en su conflicto y no en la prosperidad exterior volcada en las metrópolis, en el fárrago cotidiano y en la confusión general de todas sus felices improvisaciones» (I, 340).

Al hallar al argentino silencioso, obstinado, conmovido y laborioso, Mallea comprende que entre éste y el argentino visible se abre un abismo, y que mientras aquél exalta los valores auténticos de la persona, éste sólo se vuelve a los valores ficticios; actúa sólo en la superficie de la Argentina, y ha sustituido el vivir por un representar. Y Mallea se lamenta de que el encuentro de los hombres que llegan de ultramar no se produzca con la Argentina profunda, sino con la visible. Y va más lejos aún en su discurso, cuando echa la culpa de esa perversión de su patria precisamente al cosmopolitismo inmigratorio, al rápido crecimiento económico y técnico, al intenso trasplante de la civilización europea.

Mallea alude a veces al hombre del «hinterland», como algunos escritores del 98 aludieron al hombre de Castilla, al castellano; pero cuando el autor se refiere al del «hinterland» no alude ni al gaucho, ni al paisano, ni al agricultor, ni al estanciero, sino «a un estado especial, al estado de un hombre argentino éticamente muy definido, que se parece, hasta identificarse en modo asombroso con ellos, al clima propio, la forma, la naturaleza de la tierra argentina» (I, 358). Y más adelante, para disipar cualquier duda, agrega Mallea: «Lo que llamo argentino invisible no es, de manera simplista, el hombre del campo en contraposición al hombre de la ciudad» (I, 358), que es lo que había hecho Sarmiento¹⁵.

¹⁴ *Obras Completas*, ed. Patricio de Azcárate (Madrid: Medina y Navarro, 1871-1872), I, 62.

¹⁵ La distinción existencial que Mallea descubre dolorosamente entre la Argentina visible y superficial, en contraste agónico con la invisible y auténtica, evoca cierto paralelo entre la oposición de Sarmiento de civilización y barbarie. Sin embargo, en el terreno ideológico Mallea está quizá más cerca de Rodó que de ningún otro ensayista hispanoamericano. El esquema de contrastes entre Ariel y Calibán tiene su contraparte en la pugna existente entre la Argentina visible y la pro-

En el capítulo V, después de examinar analíticamente las dos Argentinas, o mejor, las dos vertientes de su patria, Mallea se vuelve hacia el grupo de los «descontentos silenciosos», de los «descontentos creadores» que, como él, buscan quizá la Argentina auténtica. Y siguiendo la trayectoria ascético-religiosa del hombre carnal, que busca convertirse a la luz de la «metanoía» neotestamentaria en una nueva criatura, en un hombre interior, Mallea, al igual que los místicos castellanos, decide desterrarse, alejarse al yermo. «No se va a ninguna parte—escribe Mallea—sin desterrarse. El camino de la creación es el destierro, y hay una hora de rechazar esto, y otra de aceptarlo; hay una hora de optar por quedarse atado a la ficción circundante o por desterrarse. Y un destierro así, en nuestra tierra, es descender a vivir con el país invisible, con la sensibilidad invisible, a vivir con el pueblo profundo» (I, 432). Esta aspiración de Mallea por convertirse en un hombre nuevo, en un argentino interior, sigue literalmente el proceso de la ascética religiosa de la negación, casi de la negación estoica. «Porque hay que abrirse antes—exclama él—las venas de la ficción, las venas de la satisfacción. Porque hay que saber antes negarse todo; todo, todo, absolutamente todo, hasta que no quede más que una aspiración simple en un cuerpo simple...» (I, 434). Mallea no duda en seguir el camino de «la noche oscura», porque al encontrarse consigo mismo descubre que no trae nada en sus manos, que todo lo que había hecho hasta entonces no valía, carecía de valores profundos, «porque una mística, la mística de un hombre, la consagración verdadera de una causa, la consagración en sí de una verdad exige mucho más que todo aquello» (I, 428) que Mallea había dado.

Mallea es ante todo—dice de él Fernando Alegría—un espíritu profundamente dialéctico, «unilateral en su orientación ética, construida sobre una rica experiencia ideológica y una crisis emotiva que, interpretada en múltiples planos y desde numerosos puntos de vista, tiende a convertirse en símbolo de una angustia universal»¹⁶. Desde muy niño nos dice Mallea que estuvo al lado de los que «sienten, piensan y viven en términos de humanidad». Al mismo tiempo siente la llamada de la profecía, y se lanza a inquietar conciencias en nombre de la Argentina auténtica. No es una exageración; Mallea mismo nos habla de esta llamada con resabios levíticos: «¿Y qué era yo? La cosa menos importante de todas: un hombre con vocación de crear por la palabra, un hombre de muchas dudas con vocación de escritor» (I, 342).

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 238.

funda. Binomio éste y aquél que el hispanoamericano ha querido identificar frecuentemente con la cultura greco-latina y anglo-sajona. No obstante la semejanza, y hasta el paralelo, entre Mallea y Rodó, hay que notar, como hace Petersen, que la obra de Rodó está revestida de un tono más intelectual, quizá más académico, que el que envuelve al libro de Mallea y al ensayo de Sarmento.

A través de William Blake, de Rimbaud, de Nietzsche, de Kierkegaard, de Novalis, de Hölderlin llega Mallea a las *Confesiones* del obispo de Hipona, siguiendo un peregrinaje similar al que sufre Agustín. De las *Confesiones* salta Mallea a la lectura de los místicos: Coventry, Patmore, Claudel, Eliot, pasando antes por Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Para Mallea, Kierkegaard, San Agustín, Pascal son los atormentados, los hombres «que no olvidan su estado de desolación y sus compromisos con lo eterno»¹⁷, los hombres que han gritado su mensaje profético dentro de un contexto profundamente religioso.—ENRIQUE FERNANDEZ (*Eastern College. ST. DAVIS, Pa. 19087. EE. UU.*).